

Una serie de traducciones al francés han puesto de relieve la existencia de una escuela novelística nueva en lengua castellana. La Guerra de España producía un corte profundo entre la intelectualidad española. Los hombres cuyo nombre había sido consagrada por una obra considerable se exilaron o enmudecieron. Muchos de ellos han enriquecido con sus ulteriores producciones la literatura y la edición de los países ibero-americanos. Poetas y novelistas ilustres de la que fue llamada "la Generación de la Dictadura" residen en México o en Buenos Aires. No es una casualidad que el Premio Nobel coronara la producción de Juan Ramón Jiménez, que fue el más destacado eslabón entre esa generación y la del 98, ni tampoco lo fue que se hallara - y muriera - en el exilio.

Entre los hombres que permanecieron en España o que regresaron a ella poco tiempo después de la guerra, el balance hubiera podido cerrarse, sin grave pérdida, en 1936. En efecto, Pío Baroja, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Azorín - para sólo citar los más eximios, de los cuales sólo uno sobrevive, con una actividad limitada en volumen y en ambición - produjeron muy pocas obras importantes en este reciente período, el último de su laboriosa existencia. Algunos escritores que un día fueron importantes se han reincorporado a medias a la literatura madrileña - puesto que, en cuanto a escritores de literatura "pura", Madrid sigue siendo el centro de la producción española, aunque algunas editoriales de Barcelona hayan casi acaparado esta producción -. Citemos, por ejemplo, al novelista Ramón Pérez de Ayala, al funambulesco Ramón Gómez de la Serna, o al ensayista José Bergamín. Su actual producción y su real influjo en el ambiente literario español són actualmente muy reducidos.

La reacción es natural y lo sería incluso si no se hubiera producido el terrible corte de la guerra civil. Unos años de vacío, apenas marcados por insustanciales tentativas de literatura dirigida, arrimada a las consignas del régimen, han dado lugar a una situación marcada por algunos nombres destacados de poetas y de novelistas, de ensayistas y de historiadores, que intentaremos reseñar y, más o menos, catalogar.

Este resurgir - en lo que a la novela se refiere - va unido a dos nombres y a las obras que les procuraron la notoriedad. Camilo José Cela, con su novela "La familia de Pascual Duarte" y Carmen Laforet, con "Nada", abrieron el camino a esa cohorte de nuevos narradores que hoy suman varias docenas y que se abren camino hacia la ~~max~~ fama internacional a través de los libros de blancas tapas de la editorial Gallimard o de las cubiertas multicolores de los libros de bolsillo yanquis. Ambos novelistas han seguido una carrera brillante, llena de éxitos, que los ha llevado a la Real Academia Española o a los Premios March. Cela, con "La Colmena", editada en Buenos Aires, pero lo bastante difundida en España para confirmar su fama de novelista audaz, pintor implacable de la realidad española, sucesor de Pío Baroja, su admirado maestro - el Baroja de "La lucha por la vida" y de "La sensualidad pervertida" - se ha instalado en una posición de pontífice mantenida ahora, desde Mallorca, con su revista "Papeles de Son Armadans", con reediciones de obras menores y con libros de viajes. De éstos, reconocamos que el primero, "Viaje a la Alcarria", sigue siendo el mejor. Pero la riqueza verbal, el desgarró, el don de invención y de observación de Camilo José Cela le hacen, no sólo el sucesor de Baroja y de Valle-Inclán - su paisano gallego - sino el maestro y abanderado de toda una generación disconforme, abierta al mundo y que aspira a quebrantar la losa de las proscripciones oficiales. Carmen Laforet, después del éxito asombroso de "Nada", ha llegado a dar, con "La mujer nueva", una

obra desigual, pero interesante, que enfoca, dentro de un marco de guerra y de postguerra, el tema de la conversión y de la Gracia, de tratamiento nada fácil.

Entre los nuevos novelistas que han seguido el camino iniciado por Cela y Laforet, citemos a José Suárez Carreño, con "Las últimas horas", a Rafael Sánchez Ferlosio, autor de "El Jarama", a la esposa de éste, Carmen Martín Gaité, que escribió "Tras los visillos". Esto permite observar que estas tres novelas obtuvieron, en años distintos, el Premio Nadal, creado por la revista barcelonesa "Destino" y que es, sin duda, uno de los principales motores de la renovación de la novela española - recordemos que "Nada" de Carmen Laforet fue la primera obra galardonada con el Nadal. Otros premios literarios menos influyentes sobre el público, pero lo bastante dotados para suscitar la emulación de los concursantes han venido, en número creciente, a recompensar la obra de los nuevos novelistas. Entre ellos, citemos a G. Torrente Ballester ("El Señor llega"), a Angel M^a de Lera ("Los clarines del miedo", "Bochorno"), a Juan Goytisolo ("Juegos de Manos", "El circo", "Fiestas", "La resaca") que ofrece un marcado matiz social y de crítica acerba en sus obras, alguna de las cuales ha sido editada fuera de España, para rehuir la censura; Ana María Matute ("Fiesta al Noroeste", "Primera memoria") y Manuel Delibes ("Diario de un cazador", "Mi idolatrado hijo Sisi", etc.) que, por sus dotes de observador y su agudeza no exenta de ternura, puede clasificarse entre los descendientes de Galdós.

La guerra, naturalmente, ha tentado a algunos novelistas, a pesar de las restricciones que, en su descripción, imponía el criterio oficial. Baste recordar el éxito mundial de "Los cipreses creen en Dios", primer panel de una vasta trilogía, cuyo segundo tomo recién publicado ("Un millón de muertos") batía las marcas de todos los "best-sellers" españoles al pretender dar - según aseguraba la hábil campaña de lanzamiento editorial - la verdad estricta sobre la inolvidable contienda. José María Gironella, con estos dos libros - es difícil conjeturar cuándo escribirá el tercer volumen de la trilogía - ha conseguido una notoriedad universal, pero muchos críticos le regatean la condición de verdadero novelista. Otros escritores han querido enfocar, desde puntos de vista menos ambiciosos, la guerra civil española. Recordemos a F. Fernández de la Reguera, Juan Goytisolo ("Duelo en el paraíso"), Mercedes Salisachs, y a los novelistas de la "División Azul" (voluntarios españoles que combatieron en Rusia, al lado del ejército alemán, en la última contienda internacional) - como Tomás Salvador, Luis Romero y otros.

La poesía española actual tiene dos maestros y guías indiscutibles, ambos muertos durante la guerra civil: Federico García Lorca y Antonio Machado. Los maestros vivientes, llámense Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, comparten el prestigio que les dan sus obras con los más jóvenes escritores que son Gabriel Celaya, Blas de Otero - estos dos de profunda intención política y social -, Angela Figuera, José Luis Cano, José Hierro, Julio Maruri o Leopoldo de Luis. Una influencia y una admiración que es, en ciertos casos, un remordimiento, les une en la obra trunca de Miguel Hernández, voz genial y primitiva sacrificada a los odios ideológicos, como García Lorca y, en cierto modo, Machado.

Por último, el ensayo ha dado recientemente figuras que pueden, si no substituir, hacer menos desoladora la ausencia de Marañón o Ortega. Son las de Julián Marías y José L. Aranguren, que sañudar ropaje elegantemente literario a obras de enjundia filosófica; Pedro Laín Entralgo y J. Ruf Carballo, ambos médicos y atentos observadores de la realidad nacional; F. Fernández Santos o A. Fernández Suárez, que unen la penetración sociológica a un dominio perfecto de la expresión.

Rafael TESIS.